

CAPITULO VI - EL PROBLEMA DE LA OBEDIENCIA

La Iglesia se está destruyendo a sí misma por vía de la obediencia... El golpe maestro de Satanás es defender los principios de la revolución introducidos en la Iglesia y por la autoridad de la misma Iglesia... él ha conseguido que se condene a quienes conservan la fe católica por aquéllos mismos que debieran defenderla y propagarla.

Arzobispo Lefebvre.

OBEDIENCIA

Aquéllos que niegan que los “papas” post-Conciliares y “los obispos en unión con ellos” sean Católicos, no tienen problemas respecto a rechazar su autoridad. Sin embargo, para aquéllos que creen que estos hombres son verdaderos papas o verdaderos Vicarios de Cristo, el problema viene a ser más difícil. Sea como fuere, no existe tal cuestión para estos ya que para la mayoría de los nacidos en la fe se ha hecho necesario seguir las direcciones impuestas por los “pontífices” post-Conciliares y aceptar los cambios en la doctrina, en el culto y en el gobierno que han sido iniciados desde el Vaticano II, en el nombre de la “obediencia”. Es por lo tanto de la mayor importancia que los Católicos comprendan la naturaleza de sus obligaciones respecto a esta virtud.

Conforme a Tanquerey,

“La obediencia es una virtud moral y sobrenatural que nos inclina a someter nuestra voluntad a los que son nuestros legítimos superiores, hasta donde ellos sean los representantes de Dios... Es evidente que no es obligatorio ni permisible obedecer a un superior que diera una orden manifiestamente opuesta a las leyes divinas o eclesiásticas. En este caso, nosotros deberíamos repetir las palabras de San Pedro: ‘Nosotros debemos obedecer a Dios antes que al hombre’ (Act 5,29)” (*Teología Dogmática*).

Permítannos considerar la triple negación de Pedro. Ésta ocurrió justo antes de la Crucifixión de Nuestro Señor, pero un tiempo después de que Cristo le hubiera establecido como cabeza de la Iglesia. Nadie ha sugerido nunca que sigamos el ejemplo del Apóstol en esto. E incluso después de la Resurrección y del Descenso del Espíritu Santo, la Escritura nos da todavía otro ejemplo donde no se nos fuerza a estar absolutamente de acuerdo con la opinión de Pedro. En el capítulo 2º de la Epístola a los Gálatas nosotros leemos cómo San Pablo reprende a Pedro sobre la cuestión de la circuncisión a los Gentiles. Respecto a este episodio San Cipriano decía: “Ni Pedro a quien el Señor puso el primero, y sobre el cual edificó Su Iglesia, actuó insolentemente ni arrogantemente cuando Pablo discutió después con él acerca de la circuncisión; él no dijo que él tenía la primacía y que fuera obedecido...” (*Epístolas* LXXI, n. 3). San Agustín, citando este pasaje de S. Cipriano añade: “El Apóstol Pedro, en quien la primacía de los Apóstoles es preeminente por una singular gracia, cuando actuó respecto a la circuncisión de manera diferente de lo que requería la verdad, fue corregido por el Apóstol Pablo”. Y de este modo vemos por la Escritura que nosotros no debemos seguir a aquéllos que tienen la autoridad de Pedro ni ciegamente ni de manera absoluta.

Desde el Vaticano I los fieles se han encontrado a sí mismos en la difícil postura de escoger entre la enseñanza y disciplina de la Iglesia de todos los tiempos y las disposiciones de la jerarquía post-conciliar. Cuando tal conflicto sucede, los fieles tienen la constante enseñanza de la Iglesia que garantiza su adherencia a lo antiguo. Para demostrar que tal es el caso, permítannos considerar la palabras de San Vicente de Lerins (+ 434). Según la declaración sumaria de la Enciclopedia Católica (1908), él enseñó que:

“Cuando alguna nueva doctrina surge en una parte de la Iglesia, debe entonces uno adherirse firmemente a la fe de la Iglesia Universal, y suponiendo que la nueva doctrina sea de tal naturaleza como para que contamine a casi la totalidad de aquélla, como lo hizo el Arrianismo, entonces debe uno ceñirse a la antigüedad; si incluso se encuentra algún error, se debe preparar un concilio general y, a falta de éste, por el consentimiento de aquéllos que en los diversos tiempos y lugares permanecen firmes en la fe Católica...”

Él continúa:

“Es un verdadero y genuino Católico quien ama la verdad de Dios, la Iglesia y el Cuerpo de Cristo; quien no prefiere nada antes que la religión de Dios y la fe Católica, ni cualquier autoridad, ni amor, ni gracia, ni elocuencia, ni filosofía humanas, sino que, despreciando todo esto, se mantiene fijo

y estable en la fe; quien conozca que la Iglesia Católica detenta la universalidad desde antiguo, quien determine que sea ella exclusivamente defendida y creída; no más que quien se dé cuenta de que es introducido luego, por cualquier hombre, algo nuevo y no oído, o que sea, además, contrario a todos los santos, y que sepa que eso pertenece, no a la religión, sino a la tentación.” (XIV, *Hæres.*)

No supondría uno que esta actitud fuera señalada por el mismo Papa San Gregorio el Grande, que enseñaba en su *Moralium* (lib. y, c. 10):

“Que se sepa que el mal nunca debe hacerse por vía de la obediencia, por muy bueno que parezca algunas veces, lo cual si se llegara a dar, debe dejarse fuera de la obediencia”.

La filosofía escolástica enseña que “la verdadera obediencia es una decisión virtuosa del espíritu, la ejecución de un derecho ordenado con juicio”. Alan Lille, un reconocido teólogo escolástico del siglo XII expuso en este pasaje:

“Vosotros debéis tener cuidado para que no pequéis al obedecer. Que se advierta a los compañeros que la obediencia tendría que ser con rectitud, que lo que sea mandado sea recto. Por esta razón se dice: ‘que la ejecución de un derecho se mande con juicio’. En segundo lugar, que lo que se determine sea honesto. Como se dice: ‘una decisión virtuosa’. En tercer lugar, se debe proceder con juicio; por esta razón se añade: ‘con juicio’. Que la obediencia que es sin juicio es por lo tanto vana. Que lo que es sin honestidad, es retrógrado; en cuanto a quien obedece honestamente pero por un exceso de obediencia, muestra un orgullo espiritual. Si, en realidad, la obediencia es sin rectitud, sin ‘ley o principio... nosotros sabemos que el mal nunca se haría por medio de la obediencia...’¹

Los mismos principios que fueron enseñados por San Bernardo en su tratado *Sobre Precepto y Dispensa*. Tratando del papel del superior, él nota que:

¹ Alan Lille, *The Art of Preaching* (“El Arte de Predicar”), Spencer, Mass.: Publicaciones Cistercienses, 1978.

“El Abad no está por encima de la Regla, porque él mismo se colocó una vez libremente por debajo de ella. Hay exclusivamente un poder por encima de la Regla... que debemos admitir, y que es la Regla de Dios... Quien sea escogido abad se coloca como juez, no sobre las tradiciones de los Padres, sino sobre las transgresiones de sus hermanos, para que pueda mantener las reglas y castigar las faltas. Por supuesto, yo considero que estas santas observancias son más bien confiadas a la prudencia y lealtad de los superiores antes que ser sometidas a su voluntad.”²

Puesto que, en último análisis, toda autoridad viene de Dios, toda obediencia, en último análisis, se otorga a Dios. Como Sto. Tomás de Aquino enseña: “A veces sucede que las órdenes promulgadas por los preladados van contra Dios. Por lo tanto no en todas las cosas tienen que ser obedecidos los preladados. Por lo que aquéllos que están por debajo de ellos, tienen que hacerlo solamente en aquellas materias en las que estén sujetos a sus superiores, y en las que aquellos mismos superiores no se opongan a la orden de un Poder superior a ellos mismos.” (*Summa* II-II, q. 104, art. 5). En otra parte enseña que la obediencia a los superiores sólo obliga cuando “ellos promulguen aquellas cosas que los Apóstoles nos dejaron” (*De Veritate*, q. 14, art. 10). Él explica: “Nadie debería someterse a un poder más inferior salvo en cuanto que preserve el orden establecido por un poder superior a él mismo; pero si el poder más inferior se aparta del orden del poder más superior, entonces no es justo para nadie someterse a ese poder más inferior, por ejemplo, si un procónsul ordenara que se hiciera algo, cuando el emperador (sobre lo mismo) ordenó lo contrario” (*Summa*, II-II, q. 69, art. 3).

Más específica es, incluso, la declaración basada en el famoso *Diálogo entre un Cluniacense y un Cisterciense*:

“Nosotros debemos hacer caso de nuestros superiores con completa obediencia, aun cuando ellos vivan impropriamente, con tal de que nos manden y nos instruyan en concordancia con la autoridad de la ley divina. Si, no obstante, ellos están tan completamente pervertidos como para perder la moral y no seguir la autoridad de la Ley divina y gobiernan sobre los que les están sujetos pero siguen en su lugar sus propios testarudos impulsos e inclinaciones, entonces dejémoslos, como escandalizados y disgustados sujetos cuidadosos con los dictados de la ley divina, como nos apartaríamos de

² San Bernardo, “Tratado sobre el Precepto y la Dispensa”, *Tratados*, I, Spencer Mass.: Publicaciones Cistercienses, 1970.

los guías ciegos para no caer junto con ellos en el abismo de la eterna condenación... El servicio irracional no es aceptable a Dios, como el Apóstol nos dice al mandar un “culto racional” (Rom 12,1)³.

Ahora bien, sería irracional esperar que la enseñanza de la Iglesia fuera diferente de ésta, porque en la obediencia, como afirma el Doctor Angélico “no sólo se requiere prontitud, sino también discernimiento” (*Comentario a la Epístola de Tito*, 3,1). La ciega obediencia es tan extraña al Magisterio como la fe ciega.

El Papa Benedicto XIV en su tratado sobre la Virtud Heroica declara claramente:

“No se obedece a un superior cuando manda algo contrario a la ley divina. Ni se obedece a un abad cuando manda algo contrario a la regla, conforme a la bien conocida carta de San Bernardo al monje Adam. Una ciega obediencia excluye la prudencia de la carne y la del espíritu, como Suárez ha demostrado extensamente.”

Estos principios están bien resumidos por un autor moderno, el Padre Vincent McNabb. Escribiendo en la primera parte del presente siglo, él constato:

“Un superior o la ley debe autorizar y controlar toda autoridad creada sea ésta individual o colectiva... de esto se sigue el importante principio, que podemos enunciar de esta manera: NINGUNA AUTORIDAD TIENE EL DERECHO A MANDAR A MENOS QUE AL MANDAR OBEDEZCA EL MISMO. En otras palabras, la autoridad sólo debe merecer obediencia cuando sus actos u órdenes sean un acto de obediencia.”⁴

LA SANTA “DESOBEDIENCIA” - EJEMPLOS HISTORICOS DE “DESOBEDIENCIA” DE LAS VIDAS DE LOS SANTOS

A lo largo de la historia han surgido situaciones en las que los santos se vieron obligados a desobedecer a sus superiores. Una de estas primitivas situaciones está basada en

³ Idung de Prufening, *Cistercienses y Cluniacenses*, Kalamazoo, Mich.: Publicaciones Cistercienses, 1977.

⁴ *The Game* (“El Juego”), vol. II, Adviento, 1918. (Londres).

el antiguo Breviario Romano y concierne al Papa San Marcelino cuya festividad se celebra el día 19 de Enero. Según el Papa Nicolás I, “durante el reinado de los soberanos Diocleciano y Maximiano, Marcelino, Obispo de Roma, quien más tarde se convirtió en un ilustre mártir, fue tan perseguido por los paganos que acabó por entrar en uno de sus templos y allí ofreció incienso. Debido a este acto se consideró una investigación por un número de obispos en Concilio, y el Pontífice confesó su caída”.

(*Carta al Emperador Miguel*, 865).

Otro escritor llamado Platino nos da más detalles:

“Cuando el Papa Marcelino fue amenazado por los ejecutores, él, cediendo por miedo, ofreció incienso a los ídolos y los adoró, pero cuando, poco después, en un Concilio de 180 Obispos reunidos en Sinuessa, Marcelino compareció en la asamblea vestido de saco, pidió al Sínodo que le impusiera una pena por su infidelidad Pero ningún miembro del Concilio quiso condenarle, declarando todos que S. Pedro había pecado de manera semejante, y que había merecido el perdón por sus lágrimas.

El hecho de que los eruditos pongan en duda la exactitud de la historia no viene al caso. Hay que basarse en los antiguos Breviarios de la Iglesia la cual pone la mira en el ejemplo de los principios de enseñanza antes que en satisfacer las exigencias de los historiadores modernistas. La historia es, no obstante, aceptada como verdadera por S. Roberto Bellarmino y por el gran historiador católico Baronio. Y de ahí qué en la Edad Media fuera común decir que “porque el Papa Marcelino ofrendó incienso a Júpiter no significa que todos los obispos hicieran lo mismo”.

Todavía nos proporciona otro ejemplo el caso del Papa Pascual II, quien reinó entre el 1099 y el 1118. Fue cuando el período de las luchas, violentamente rabiosas, entre la Iglesia y el Estado –el tema en cuestión era el de las “investiduras”– que en lo esencial determinaban a que los miembros de la jerarquía (los Obispos) eligieran entre la Iglesia o el Emperador. Era una cosa especialmente irritable ver que los Obispos de Iglesia, la cual en aquella época controlaba amplias regiones de tierra, fueran obligados a proveer al estado con soldados y con manutención en caso de guerra. La solución se estableció en un Concilio Ecuménico durante el reinado de su predecesor Gregorio VII, y esto después de grandes luchas. La Iglesia debía tener el control de sus nombramientos, pero las obligaciones feudales tradicionales de los propietarios de la tierra hacía que se conservara la autoridad temporal.

A pesar de que esta decisión fue de tan gran importancia, Enrique V, Emperador de Germania, invadió, de hecho, Italia e hizo prisionero al Papa. Durante dos meses Pascual II estuvo sometido a las más espantosas amenazas y a un trato cruel. Finalmente, bajo presión de sus propios obispos, cautivos como él, firmó un tratado con el rey autorizándole a investir “anillo y báculo pastoral” –símbolos espirituales ambos del laicado y del clero– y en mayor grado otorgó al emperador el derecho de decidir entre los pretendientes rivales que se presentaran a la elección y el privilegio de rechazar los nombramientos papales. También entregó al rey posesiones y tierras monásticas. Este tratado proporcionó en lo esencial al rey completo control de la jerarquía de la Iglesia en la mitad del territorio de Europa. El Papa juró, además, no vengarse del Emperador por sus acciones y no revocar el tratado cuando fuera puesto en libertad.

Cuando fue puesto en libertad el Papa se sintió obligado por su juramento y no se decidió a repudiar este tratado. Godofredo, celoso Abad de Nendome, contrastó sus acciones con la heroica resolución de los mártires de antaño, y particularmente con los ejemplos de S. Pedro y S. Pablo. Él escribió al Papa que “si el sucesor de los Apóstoles ha olvidado su ejemplo, él debería apresurarse, si no quería perder su gloriosa corona, a reparar y deshacer lo que había hecho, y como un segundo Pedro, expiar su falta con lágrimas de arrepentimiento”. “La investidura laica”, añadió, “por la cual el poder se concede a los laicos para transferir posesiones, y con eso la jurisdicción en asuntos espirituales, es equivalente a la negación de la fe, a la destrucción de la libertad de la Iglesia, y a la rotunda herejía”. Cuando él ordenó entregar las tierras monásticas, el Abad de Montecasino se negó. “Yo os amo”, escribió al Papa, “como a mi señor y como a mi padre, y no tengo otros deseos distintos como a Papa. Pero el Señor ha dicho, ‘cualquiera que ame a su padre y a su madre más que a Mí no es digno de mí...’ En cuanto a este ultrajante tratado, torcido por la violencia y la traición, ¿cómo puedo elogiarlo? O en verdad ¿cómo puedo yo... si sus propias leyes han condenado y excomulgado al clero que se someta a la investidura laica?...” Otro prelado, el Arzobispo de Lyon, insto al Papa aún con términos más fuertes: “Vos sois un detestable piloto, en tiempos de paz un matón, y antes del asalto un cobarde”. El Arzobispo de Viena, legado del propio Pascal en Francia, convocó un Concilio y declaró la investidura laica como herética, y procedió a excomulgar a Enrique V. Este Concilio –en el que ulteriormente fueron canonizados tres Santos: San Bruno, San Hugo de Grenoble y San Godofredo de Amiens, tanto como un futuro Papa, Calixto II– declaró que a menos que el Papa revocara su pacto con el Emperador “nosotros nos veríamos obligados a retirar nuestra lealtad”. El Papa admitió que hizo mal y rectificó su error. Todavía en otro concilio él declaró: “Yo confieso que he errado y os pido que roguéis a Dios que me perdone”.

Un ejemplo final, el de Roberto Grosseteste. Él era doctor de Teología en Oxford cuando era un centro de enseñanza Católica. Ahora bien, él era uno de los más firmes defensores del Papado, y comparaba al Pontífice con el Sol que ilumina el mundo visible. Después de aceptar reacio el Obispado de Lincoln, el Papa le pidió que asignara a un sacerdote ausente (el nuevo sobrino del Papa) una de las prebendas de la diócesis, una situación en la que el sacerdote recibía la renta de una parroquia aun cuando él vivía en Roma. Ésta fue su respuesta:

“No es posible que la muy santa Sede Apostólica a la que el Santo de los Santos, el Señor Jesucristo, ha transmitido toda forma de poder, conforme al Apóstol, para la edificación y no para la destrucción, mande ni de ninguna manera intente algo con esta clase de pecado, lo cual es tan odioso a Jesucristo, como detestable, abominable, y pernicioso a la raza humana. Puesto que esto sería evidentemente una caída, una corrupción y un abuso de su muy santo y plenario poder... ningún fiel subordinado a la Santa Sede, ningún hombre que corte con el cisma del Cuerpo de Cristo y de la Santa Sede, puede someterse a los mandatos, preceptos, o a cualesquiera otras demostraciones de esta clase; no, ni incluso si su autor perteneciera al más alto grupo de ángeles. Él debe necesariamente repudiarlas y rebelarse contra ellas con todas sus fuerzas. PORQUE FUERA DE LA OBEDIENCIA POR LA QUE YO ESTOY LIGADO A LA SANTA SEDE, COMO A MIS PADRES, Y FUERA DEL AMOR DE MI UNION CON LA SANTA SEDE Y AL CUERPO DE CRISTO COMO UN OBEDIENTE HIJO, YO DESOBEDEZCO, ME NIEGO Y ME REBELO. Vos no podéis tomar acción contra mí, porque cada palabra y acto mío no es rebelión, sino el filial honor que se debe al mandamiento de Dios respecto del padre y la madre. Como he dicho, la Sede Apostólica en su santidad no puede destruir, ella sólo puede construir. Esto es lo que significa la plenitud de poder; ella debe hacer todas las cosas para deificación. Pero éstas así llamadas disposiciones no construyen, sino que destruyen...”

Cuando el Papa recibió esta carta se puso fuera de sí de rabia y amenazó con encarcelar al Obispo Grosseteste por su vasallo, el Rey de Inglaterra. Sin embargo, fue refrenado por el Cardenal Gil de Torres quien dijo: “Es verdad que Vos no debéis hacer nada y que no podemos condenarle. Él es un Católico y santo hombre, el mejor hombre que nosotros tenemos. Él no tiene igual entre los prelados. Todo el clero inglés y francés

conoce esto y nuestra contradicción podría no ser útil”. El Obispo Grosseteste triunfó y según la tradición, cuando él murió todas las campanas de las iglesias de Inglaterra repicaron espontáneamente. Él fue considerado, por sus contemporáneos como un santo”⁵.

NO-SANTA “OBEDIENCIA” UN EJEMPLO TOMADO DE LOS FRANCMASONES

Para concluir este capítulo, es de gran interés considerar algunas declaraciones de los Francmasones sobre la obediencia. Según la *Instrucción Permanente* redactada por el Gran Maestro de la Franc-Masonería (*Alta Véndita*) en 1819-1820, que cayó en manos de la Iglesia y fue publicada por el Papa Pío IX: “Nosotros debemos dirigir nuestra atención a un ideal que ha sido siempre de gran importancia para los hombres que aspiran a la regeneración de toda la humanidad. Este ideal es el de la liberación de Italia, a la que debe seguir, en su día, la liberación del mundo entero y el establecimiento de una república fraternal y de la paz mundial”. El documento continúa:

“Entra los muchos remedios que han sido sugeridos por los más enérgicos miembros de nuestra organización hay uno que no debemos olvidar nunca”.

“El Papado ha ejercido siempre una decisiva influencia sobre los destinos de Italia. Con los brazos, con la voz, con la pluma, con el corazón de sus incontables obispos, monjes, monjas y fieles de todas partes, el Papado siempre halla a gente entusiásticamente preparada, para el sacrificio y el martirio... En la actualidad no tenemos la intención de reconstruir, ni incluso para nuestra conveniencia, ese poder que ha sido temporalmente debilitado (debido a la destrucción del estado pontificio). Nuestra última resolución es idéntica a la de Voltaire y a la de la Revolución Francesa: que es la total aniquilación del Catolicismo e incluso de la Cristiandad...”

⁵ Algunos han usado la desobediencia de Grosseteste, como fundamento de su desobediencia a los “papas” post-Conciliares. Pero debería estar claro que allí no hubo materia de fe ni de moral, aquí implicada, ni el Papa exigió asentimiento al error u obediencia a los cambios litúrgicos.

“Durante diecisiete siglos el Papado ha sido una parte esencial de la historia de Italia... Nosotros no podemos soportar tal estado de cosas; debemos encontrar un remedio para esta situación ¡Y helo aquí! Quienquiera que sea el papa, él no vendrá a alistarse a las sociedades secretas: por lo tanto, las sociedades secretas deben dar el primer paso hacia la Iglesia y hacia el Papa, con el propósito de vencer a ambos”.

“La tarea que vamos a emprender no se completará en un día, ni en un mes, ni en un año. Puede requerir muchos años, incluso tal vez un siglo; pero en nuestras filas muere el soldado y el combate continúa. No pretendemos ganar al papa a nuestra causa convirtiéndole a nuestros principios ni hacerle propagador de ellos... LO QUE NOSOTROS DEBEMOS HACER ES BUSCAR Y ESPERAR, al igual que los Judíos esperan al Mesías, AL PAPA INDICADO SEGUN NUESTROS PROPOSITOS. Sólo tal papa nos será de la mayor ayuda en nuestro asalto a la Iglesia, más que los panfletos de nuestros hermanos de Francia e incluso más que el oro de Inglaterra. ¿Y sabéis porqué? Porque con tal papa nosotros podremos efectivamente destrozarse la roca sobre la cual Dios construyó Su Iglesia. Ya no necesitamos el vinagre de Aníbal, ni la pólvora del cañón, ni siquiera nuestros brazos. Tendremos el dedo meñique del sucesor de Pedro comprometido en el complot, y ese puede ser en esta cruzada más efectivo que todos los Urbanos II y todos los San Bernardo de la Cristiandad.”

“No debemos dudar de que llegaremos a esa meta última de nuestros esfuerzos... Ahora bien, antes de que podamos producir un papa según nuestros deseos, debemos producir una completa generación digna del reino que esperamos. Debemos ignorar a los viejos y a los de edad madura. Debemos buscar entre la juventud, y si es posible, incluso entre los muy jóvenes... Una vez que vuestra buena reputación se haya establecido en colegios, institutos, universidades y seminarios, lograda igualmente la confianza de maestros y pupilos, alentareis especialmente a los que hayan abrazado el estado eclesiástico a desear asociarse con vosotros... Esta reputación hará que el clero secular más joven, e incluso que los religiosos, sean receptivos a nuestras doctrinas. Forzosamente, dentro de algunos años este clero joven ocupará puestos de responsabilidad. Será él quien gobierne, administre, juzgue y forme el consejo del Soberano Pontífice, y será llamado a elegir al futuro papa, y este papa, como la mayor parte de sus contemporáneos, estará nece-

sariamente más o menos imbuido de los principios italianos y humanitarios, que nosotros ponemos ahora en circulación. Es un granito de mostaza que sembramos, pero el sol de justicia lo hará crecer hasta el más alto poder, y un día veréis qué mies más abundante producirá este granito”

“En la ruta que trazamos a nuestros hermanos, hay grandes obstáculos que vencer, muchas clases de dificultades que superar. Triunfaremos gracias a la experiencia y a la astucia; pero la meta es tan espléndida que es preciso izar todas las velas al viento para alcanzarla. ¿Queréis revolucionar a Italia? Buscad un papa apropiado a nuestra descripción. ¿Queréis establecer el reino de los elegidos (es decir, los Masones) sobre el Trono de la prostituta de Babilonia?, entonces INDUCID AL CLERO A QUE MARCHE BAJO VUESTRO ESTANDARTE CREYENDO QUE MARCHA BAJO EL ESTANDARTE DE LAS SANTAS LLAVES. ¿Queréis hacer que desaparezca hasta el último vestigio de tiranía y opresión? Echad vuestras redes como Simón bar Jona; echadlas dentro de las sacristías de los seminarios y de los monasterios, más que dentro del mar. Y si no precipitáis acontecimientos, os prometemos una pesca más milagrosa que la de San Pedro. El pescador de peces se convirtió en pescador de hombres; vosotros pescareis amigos a los mismo pies de la Cátedra de San Pedro. VUESTRA PESCA SERA UNA REVOLUCION CON LA TIARA Y LA CAPA, LLEVANDO AL FRENTE LA CRUZ Y LA INSIGNIA PAPAL; UNA REVOLUCION QUE NO REQUERIRA MAS QUE UNA CHISPA PARA INCENDIAR LAS CUATRO ESQUINAS DEL MUNDO”...

“EN UN TIEMPO DE CIEN AÑOS... LOS OBISPOS Y SACERDOTES CREERAN ESTAR MARCHANDO TRAS EL ESTANDARTE DE LAS LLAVES DE PEDRO, CUANDO, DE HECHO, ESTARAN SIGUIENDO NUESTRO ESTANDARTE... LAS REFORMAS TENDRAN QUE EFECTUARSE EN NOMBRE DE LA OBEDIENCIA.”⁶

⁶ Un texto más completo que puede encontrarse en el capítulo I, vol. II de las *Memorias Biográficas de San Juan Bosco*, bajo el título de *Francmasonería en el Piamonte*, New Rochelle, N.Y., Publicaciones Salesianas, 1967 y (en el Apéndice de este artículo).

Todo esto puede parecer muy rebuscado al lector corriente. Pero qué hay que decir cuando un líder Francmasón, Yves Marsoudon, (Maestre del Estado del Supremo Concilio de Francia, rito Escocés), es el que nos dice:

“El sentido de universalismo que es general en Roma estos días se aproxima mucho al propósito de nuestra entidad... Con todo nuestro corazón nosotros apoyaremos la ‘Revolución de Juan XXIII’

No satisfecho con esto, Yves Marsoudon dedicó su libro “*El Ecumenismo visto por un Francmasón de tradición*” al Papa con las siguientes palabras:

“A la memoria de Angelo Roncalli, Arzobispo de Messembria, Nuncio Apostólico en París, Cardenal de la Iglesia Romana, Patriarca de Venecia, PAPA bajo el nombre de Juan XXIII, QUIEN SE HA DIGNADO DARNOS SU BENDICION, SU COMPRENSION Y SU PROTECCION”

Él lo ha dedicado además:

“Al Papa de la Paz, al padre de todos los Cristianos, al Amigo de Todos los Hombres, a Su Augusto. Continuator, SU SANTIDAD EL PAPA PABLO VI”⁷.

⁷ Citado en *World Trends* (Ed. Yves Dupont, Hawthorn, vic. Australia). Este mismo Yves Marsoudon fue el que trató al Papa Pío X de “farisaico, hipercrítico y lleno de odio”, y el que caracterizó a Pío XII como sujeto a “anticuadas’ disciplinas y escleróticos dogmas”. Él también cita a J. Mitterrand, prominente Masón, al efecto de que “Aquellos Católicos informados (es decir, los Progresistas)... de las insuficiencias y omisiones del Concilio, pero ellos mismos se aprovechan del CLIMA QUE EL AYUDABA A CREAR para exigir la auténtica renovación de la Iglesia. El carácter liberador de su lucha no puede dejar de atraer las simpatías de los Francmasones...”

NOTA SOBRE LA ACTUAL SITUACION DE LA IGLESIA

En la actualidad, a los Católicos se les plantea un terrible dilema. Si ellos obedecen a los “papas” post-Conciliares, ellos apostatan de la fe Católica tal como ella ha existido desde el tiempo de Cristo y de los Apóstoles.

Debe estar claro lo que ya se ha dicho en los anteriores capítulos, de que los Católicos deben dar su asentimiento intelectual a todo el Magisterio Ordinario. El Vaticano II ha sido repetidamente declarado como “la suprema forma del Magisterio Ordinario”. Las Encíclicas y otras declaraciones que tratan de la fe y la moral (lo que incluye los cambios litúrgicos y de la forma de los Sacramentos) que se promulgan, bajo la égida de la autoridad papal (los “papas” cuando hablan en su función de papas”) también requieren nuestro asentimiento intelectual. Hablar de asentimiento intelectual es hablar de obediencia, que para que sea virtud se necesita que nuestra voluntad actúe en conformidad con nuestra inteligencia.

Ahora bien, estos documentos (el Vaticano II, Encíclicas, etc.) enseñan claramente doctrinas contrarias a lo que siempre se ha enseñado magisterialmente antes del fallecimiento del Papa Pío XII. Siendo esto así, el Católico debería aceptar el hecho de que también el Espíritu Santo enseñó el error en el pasado, está enseñando el error en el presente, o que es libre para cambiar Su espíritu respecto de la verdad (respecto a materias que tratan de fe y de moral). Si los “papas” post-Conciliares son responsables de enseñar incluso el error con la supuesta autoridad Apostólica, entonces nosotros debemos considerar que el mismo Cristo enseña el error (*quod absit*), o que los “papas” post-Conciliares son unos usurpadores que carecen de autoridad.

Los Católicos que toman su fe seriamente han reconocido este dilema desde hace ya mucho tiempo. Ellos han propuesto varias soluciones, apuntando y manteniendo siempre “la obediencia a la autoridad papal” (nuestra salvación depende de ello) y no apostatando de la fe. Algunos han declarado que pueden escoger y escoger de lo que les guste de los documentos del Vaticano II y de otras declaraciones papales —aceptando aquellas que están “en conformidad con la tradición” y rechazando las innovaciones (la Sociedad de Pío X). Pero tales violan el requisito Católico de dar asentimiento intelectual y obediencia a aquellos que reconozcan como siendo “una persona jerárquica con Cristo”. Otros niegan el status magisterial de los documentos del Vaticano II (y Encíclicas, etc.) pero enseñan falsamente que el Magisterio Ordinario puede contener error (Michael

Davis). Otros todavía que sus organizaciones están exentas de obediencia por razones históricas (la Orden de San Juan). Algunos han ido a Roma y han obtenido permiso para decir la Misa tradicional, pero optan por ignorar el hecho de que tal permiso depende siempre de su aceptación de las enseñanzas del Vaticano II y de la igual validez del *Novus Ordo Missæ* (la Sociedad de San Pedro y varios sacerdotes individuales). Abundan otras innumerables variaciones menores de estos temas.

Reconociendo que no se puede enseñar el error bajo la autoridad de Cristo, muchos Católicos han declarado claramente que los “papas” post-Conciliares no tienen autoridad. Algunos sostienen que la Sede Apostólica está vacante (por eso se les llama ordinariamente *sedevacantistas*). Tal postura no es anti-papal, sino más bien acérrimamente pro-papal. Es por su gran respeto a la autoridad papal que ellos rechazan de inmediato que se use la cátedra papal para enseñar el error con obstinación. Otros, reconociendo que los “papas” post-Conciliares están actualmente sentados en la Cátedra de Pedro, se adhieren a la teoría *materialiter/formaliter* que declara que ellos son materialmente papas, pero no formalmente; de que a pesar de estar sentados en la Cátedra de Pedro, ellos no tienen autoridad, pero que si de pronto se volvieran Católicos y enseñaran la verdadera doctrina, ellos tendrían autoridad. Aquellos que niegan la autoridad de los “papas” post-Conciliares, están obligados, por supuesto, a obedecer la enseñanza magisterial de la Iglesia hasta el tiempo de su usurpación.

Permítasenos concluir con una nota doctrinal. La obediencia es una virtud moral. La Fe, la Esperanza y la Caridad son virtudes teologales. Como tales, ellas son de más alto valor que la obediencia. Es, por supuesto, lógico entonces que la obediencia no es un fin en sí misma, sino un medio en vista a un fin. El propósito de la obediencia es “animarnos” a obedecer la Fe y no a otra vía en la dirección opuesta. Dar nuestra obediencia al error o a una falsa fe es apostasía (La Fe, como señalé anteriormente, tiene dos aspectos: uno es el de los dogmas y la enseñanza de la Iglesia, y el otro es nuestro asentimiento a ellos).

APENDICE

MEMORIAS BIOGRAFICAS

de

DON JUAN BOSCO

RECOGIDAS POR EL SACERDOTE SALESIANO

JUAN BAUTISTA LEMOYNE

VOLUMEN SEGUNDO

CENTRAL CATEQUISTA SALESIANA

C/ Alcalá. 164 - Madrid

1981

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Tenemos la satisfacción de sacar a la luz pública, en castellano, el segundo volumen de las MEMORIE BIOGRAFICHE DI DON GIOVANNI BOSCO, escritas por Juan Bautista Lemoyne.

Hemos seguido el mismo ritmo del primer volumen: conservamos rigurosamente el pensamiento, las formas y el estilo del autor, hasta en sus más nimios detalles. Naturalmente nos hemos esforzado por alcanzar una expresión castellana, quizá no siempre del todo lograda.

Añadimos, en ocasiones, alguna nota aclaratoria de términos o situaciones.

Las citas de la Sagrada Escritura están tomadas siempre, al pie de la letra, de la BIBLIA DE JERUSALEN (Desclée de Brouwer-1966).

Seguimos indicando entre corchetes, como en el primer volumen, la paginación de la edición italiana original que traducimos (S. Benigno Canavese-Scuola Tipográfica e Librería Salesiana 1901), para facilitar la confrontación de las innumerables citas de esta obra en la literatura salesiana.

Queremos, porque es de justicia, recordar a don José Fernández (q.e.p.d.) y su trabajo preliminar de traducción de este segundo volumen de las Memorias Biográficas, que alivió en algo nuestra labor, y agradecer a don Miguel Rodríguez Rumbaoy a don Emilio Hernández su atenta y posterior lectura, que amenguó nuestras naturales preocupaciones.

Al acabar, precisamente hoy—treinta y uno del mes de mayo consagrado a María—queremos expresar nuestro deseo de que Ella tienda su manto generoso sobre nuestro esfuerzo.

Madrid, 31 de mayo de 1981

BASILIO BUSTILLO

CAPITULO I

PIAMONTE EN 1841

CARLOS ALBERTO Y SUS ASPIRACIONES — CONJURACION DE LAS SECTAS

ACABA el primer volumen de estas Memorias Biográficas de Don Bosco en 1841.

Vivía el Piamonte días de calma y seguridad. A su rey Carlos Alberto toca la gloria de haber sido, durante dieciocho años, el padre de su pueblo, más que el príncipe, por su amor a la ley de Dios y su veneración por la Iglesia.

Gracias a él, logró el Piamonte ser un pueblo respetado por las potencias europeas, floreció el comercio, prosperaron las finanzas, reinó la justicia y el nombre sardo llegó con honor a las más remotas tierras... Una política libre de toda influencia extranjera, un estado de independencia absoluta...¹ El pequeño reino de Cerdeña poseía un ejército y una flota formidables. El nombre de su Rey era famoso por la intrepidez demostrada en España, en 1823, en la defensa de Fernando VII contra la revolución triunfante y en el asalto al fuerte del *Trocadero*². Fue un rey digno de su alto puesto. Cuando en 1835, De Broglie y Lord Palmerston, ministros de Francia e Inglaterra, le advirtieron que no podían soportar el concurso eficaz de su autoridad y sus consejos, de sus armas y dinero, en favor de don Miguel en Portugal y de don Carlos en España, él les respondió que quería ser Rey de su casa. Las relaciones internacionales, dirigidas con mano segura, sostenían su alta reputación frente a las grandes potencias.

Era, al mismo tiempo, ejemplo vivo de religiosidad para sus súbditos. Frecuentaba los sacramentos, leía y citaba constantemente la Sagrada Escritura, de la que sacaba provechosas enseñanzas, y asistía normalmente a novenas y otras prácticas públicas de piedad.

Pero Carlos Alberto mantenía siempre vivas las fantasías de gloria vislumbradas en sus sueños juveniles. Quería suceder a Austria en el dominio de la Alta Italia para convertirse sinceramente en escudo y espada del Papado. Estaba resuelto a vencer o morir por ello. Personajes de gran autoridad, unidos a los aduladores, atizaban de continuo su

¹ Solaro de la Margherita. *Memorandum storico politico*. Turín 1851, p. 551, 571.

² *Trocadero*. Fuerte de la bahía de Cádiz, tomado por los franceses en 1823, en memoria de cuyo hecho dieron su nombre a la colina de Passy, en París. (*N. det T.*)

pasión; llenaban sus oídos con palabras de profunda veneración por la Iglesia, de gran celo por la causa de Dios, y las envolvían con lamentos ante el amenazador peligro para la Santa Sede de la presencia de los austríacos en Italia. Los hipócritas, que anhelaban convertir a la Iglesia en esclava del Estado, si les fuere posible, clamaban contra las leyes de José II, y declaraban que la liberación de los obispos y clero lombardos de la opresión en que vivían, equivalía a la liberación de los cristianos de Siria de la tiranía de los turcos.

Este lenguaje, sostenido por gente astuta durante largos años, privó del todo a Carlos Alberto de la luz que necesitaba para discernir la verdad³.

Manifestaba sus simpatías por el conde Hilarión Petitti Promis, conde Federico Sclopis, conde Gallina y Roberto de Azeglio, carbonarios y conjurados del 1821 los dos últimos y todos ellos defensores de las nuevas ideas liberales y consejeros de las libertades políticas. Ellos le aconsejaban y él se imaginaba que podía valerse del concurso de las sectas como de un instrumento que luego podría él mismo destruir, una vez alcanzada la meta. En efecto, invitados por los liberales del Piamonte, llegaban a Turín secretamente los jefes de las sociedades secretas de toda la península, convencidos por experiencia de que no conseguirían nada con revoluciones violentas. Eran introducidos de noche en palacio, a través de las guardarropas y armerías, y sostenían audiencias clandestinas con Carlos Alberto. Y como estas sectas estaban entonces dispersas y carecían de unidad de criterio, no tenían disciplina, ni esperanza de éxito, ni un plan determinado; se trataba de organizar fuerzas y encauzarlas hacia aquella finalidad, aparentemente común a todas las sectas: *Nacionalidad libre e independiente*. Salían de Turín misteriosos y secretos mensajes hacia todas las regiones italianas y hasta Bruselas y París. Y fundaba, entre tanto, el conde Camilo Cavour el *Club della Società del Vhist* para propagar la nueva idea nacional. A él acudiría la nobleza atraída por la denominación inofensiva de aquellas reuniones y podría ser en las pretendidas aspiraciones. El Rey quería una Italia libre para hacer florecer en ella la religión y la justicia y, en verdad, de haberlo conseguido, hubiera convertido a los liberales o hubiera extinguido el liberalismo que acariciaba como un medio para sus aspiraciones. ¡Ingenua esperanza! Un demonio no se convierte ni se extingue: entra en casa como aliado, pero lleva consigo la traición y la muerte.

Estas maniobras no trascendían al público. Pero hacía años que las sectas realizaban astutamente un trabajo más destructor para minar los tronos y la Iglesia Católica, en todas las regiones de Italia y especialmente en el Reino Pontificio. Los jefes supremos de la masonería ya habían redactado en 1819 y 1820 una *Instrucción permanente*, que

³ Solaro de la Margherita, *Memorandum*.

revelaba las intenciones mas secretas de la secta, que era código u guía de los más altos iniciados, elegidos para guiar y capitanear el movimiento masónico y sectario, especialmente en Italia. La *Instrucción* estaba concebida en estos términos:

«Después de habernos constituido en cuerpo de acción y de haber empezado de nuevo (tras las revueltas políticas de 1814 y 1815) a reinar el orden, tanto en la *logia*⁴ más antigua, como en la más próxima en el centro, hay ahora una idea, la misma que siempre preocupó a los hombres que aspiran a la *regeneración* universal. Es el pensamiento de la liberación de Italia, a la que debe seguir, en su día, la del mundo entero, la *república* fraterna y la *armonía* de la humanidad. Este pensamiento aún no ha sido comprendido por nuestros hermanos de Francia. Creen ellos que la Italia revolucionaria sólo puede conspirar en la sombra, coser a puñaladas a esbirros y traidores y soportar, entre tanto, el yugo de los hechos consumados del otro lado de los montes en favor de Italia, pero sin Italia. Este error ya nos ha sido fatal muchas veces. No hay que combatirlo con palabras. que es lo mismo que prorrogarlo más y más: hay que acabar con él con los hechos. Y así, entre los cuidados que tienen el privilegio de excitar los espíritus más vigorosos de nuestras *logias*, hay *uno que no debernos olvidar nunca*.

«El Papado ejerció siempre una acción decisiva sobre la suerte de Italia. Con el brazo, con la voz, con la pluma, con el corazón de sus innumerables obispos, frailes, monjas y fieles de todas las latitudes, el Papado encuentra en todas partes gente pronta al sacrificio, al martirio, al entusiasmo: tiene amigos por doquiera que mueren por él y lo dejan todo por su amor. Es una leva sin fin, cuya fuerza sólo algunos Papas han comprendido y aún ellos la han usado con reserva. Hoy no se trata de ganar para nuestro servicio esa fuerza momentáneamente debilitada: *nuestro punto de mira es el de Voltaire y la revolución francesa: esto es, el aniquilamiento total del cristianismo y hasta de la idea cristiana*. Si ésta quedare en pie sobre las ruinas de Roma, vendría más tarde su restauración y su perpetuidad. Mas, para alcanzar con seguridad este propósito y no engañarnos a nosotros mismos, prolongando indefinidamente y comprometiendo el feliz éxito de nuestra causa, no hay que hacer caso de esos franceses fanfarrones, ni de esos oscuros alemanes y melancólicos ingleses, que creen se puede destruir el catolicismo con una canción deshonesta, con un sofisma o con un vulgar sarcasmo que llega de contrabando como los algodones ingleses. El catolicismo tiene una fuerza vital que resiste más que todo eso. Ya se ha enfrentado con enemigos más implacables y terribles; y ha tenido muchas veces el maligno placer de rociar con su agua bendita a los más exaltados. Dejemos. pues, a nuestros hermanos de esos países desahogarse con sus destem-

⁴ Logia: («*véndita*» en el original). *Véndita* en el lenguaje de los Carbonarios, era el lugar de reunión y el complejo de los afiliados en un lugar. (*N. del T.*)

planzas de celo anticatólico: dejémosles burlarse de nuestras Vírgenes y de nuestra *aparente* devoción. Con este *pasaporte* podremos conspirar desahogadamente, y alcanzar poco a poco nuestro designio.

»Hace más de mil setecientos años que el Papado es algo inherente a la historia de Italia. Italia no puede respirar, no puede moverse sin consentimiento del Supremo Pastor. Contando con él, dispone de los cien brazos del gigante Briareo; sin él está condenada a una deplorable impotencia, divisiones, odios y hostilidades desde la cabecera de los Alpes hasta la última estribación de los Apeninos. Nosotros no podemos conformarnos con ese estado de cosas: hay que buscar remedio a tal situación. Y el remedio está bien claro. El Papa, sea quien fuere, jamás vendrá a alistarse en las sociedades secretas: *toca a las Sociedades secretas dar el primer paso hacia la Iglesia y hacia el Papa, con el fin de vencer a ambos.*

»El trabajo a que nos disponemos no es obra de un día, de un mes o de un año. Puede durar mucho tiempo, hasta un siglo: pero en nuestras filas muere el soldado y sigue la guerra. No es que pretendamos ganar al Papa a nuestra causa, ni hacer de él un neófito de nuestros principios o un propagandista de nuestras ideas. Sería un sueño ridículo. Y ante cualquier sesgo que tomen los acontecimientos, si llegase a acontecer que un Cardenal o un Prelado llegase a formar parte de nuestros sectores con plena voluntad, y no por insidia, no sería ésta una razón para desear su elevación a la Silla Apostólica. Esta elevación sería nuestra ruina, pues, habiendo llegado a la apostasía por pura ambición, luego la exigencia del poder lo empujaría necesariamente a sacrificarnos. Lo que nosotros debemos buscar y esperar, al igual de los judíos que esperan al Mesías, es un Papa según nuestra necesidad... Sólo así *caminares al asalto de la Iglesia con más seguridad* que con los opúsculos de nuestros hermanos de Francia y con el mismo oro de Inglaterra. Y ¿queréis saber por qué? Porque con esto, no necesitamos el vinagre de Aníbal, ni la pólvora del cañón. ni siquiera nuestros brazos *para demoler la roca sobre la cual Dios ha fabricado su Iglesia.* Así tendremos el dedo meñique del Sucesor de Pedro enrolado en la trama. Y este dedo meñique valdría para esta cruzada más que todos los Urbano segundo y todos los San Bernardo de la cristiandad. Por nuestra parte, no dudamos lo más mínimo en llegar a este resultado supremo de nuestros esfuerzos. Pero, ¿cuándo? ¿cómo? Aún no se sabe. Sin embargo, así como nada debe apartarnos del plan trazado, sino que, al contrario, todo debe concurrir a él; lo mismo que si el éxito debiera coronar mañana mismo la obra apenas esbozada, *queremos dar a través de esta instrucción, que deberá permanecer oculta a los simples iniciados, algunos consejos a los jefes de la Suprema Logia,* consejos que ellos deberán inculcar a los hermanos en forma de *Enseñanza* o de *Memorándum.* Es de suma importancia y, por otra parte, algo absolutamente impuesto por la más elemental discreción, que *nadie llegue a saber que estos*

consejos son órdenes de la Suprema Logia. El Clero entra muy directamente en nuestro designio, y no podemos, en los tiempos que corren, jugar con él *como hacemos con esos reyezuelos o principitos que se quitan de en medio con un soplo.*

»Poco hay que hacer con los Cardenales viejos y con los Prelados de carácter firme. Hay que dejar a estos incorregibles de la escuela de Consalvi y buscar más bien, en nuestros almacenes de popularidad e impopularidad, las armas que usarán o ridiculizarán el poder en sus manos. Una palabra bien calculada de calumnia, esparcida hábilmente en ciertas buenas familias cristianas, pasa enseguida al café y del café a la plaza; una sola palabra puede, en ocasiones, matar a un hombre. Si un Prelado llega de Roma a provincias para ejercer un cargo público hay que informarse enseguida de su carácter, de sus precedentes, de sus cualidades, de sus defectos; especialmente de sus defectos. Que ¿es nuestro enemigo?... Echadle enseguida todas las redes que podáis. Dadle una reputación que infunda temor a los niños y a las mujeres, presentándole cruel y feroz: contad alguna anécdota espantosa que se grave fácilmente en la mente del pueblo. Cuando luego se enteren los periódicos por nosotros mismos de estos hechos y los destaquen y coloreen como acostumbra, *por el honor que se debe a la verdad (sic)* vosotros indicad, o mejor, haced que algún respetable imbécil indique el número del diario, donde se refieren los hechos de los personajes en cuestión. Lo mismo que en Inglaterra y en Francia, habrá en Italia *plumas que sepan inventar mentiras útiles* para la buena causa. Con un periódico en la mano, en el que aparezca el nombre de su Monseñor Delegado o de su Excelentísimo Señor Juez, el pueblo no necesitará más pruebas. El pueblo italiano está en la infancia del liberalismo. Cree ahora en los *liberales como creerá más tarde en cualquier otra cosa.*

»Así, pues, aplastad al enemigo *sea quien fuere*, cuando está en el poder, *a fuerza de maledicencias y calumnias*, pero aplastadlo sobre todo antes de nacer. Por eso, hay que preocuparse de la juventud: *hay que conquistar a los jóvenes:* hay que colocarlos, sin que se den cuenta, bajo la bandera de las sociedades secretas. Pero hay que obrar con la máxima cautela. Dos cosas se necesitan absolutamente para avanzar a pasos contados, sí, pero seguros, en este peligroso camino. Debéis presentaros con aspecto de palomas; pero, al mismo tiempo, debéis ser astutos como serpientes. Vuestros padres, vuestros hijos, vuestras mismas esposas jamás deberán saber el secreto que guardáis en vuestro pecho. Y, si os parece bien, *para mejor engañar los ojos de los que os observan*, id a confesaros con frecuencia; estáis autorizados para guardar con el confesor el más absoluto silencio sobre esta materia. Pues bien sabéis que la más mínima revelación, el más ligero indicio que se os escape en el *Tribunal de la Penitencia o en cualquier otro lugar*, puede acarrearos grandes calamidades; y que el revelador voluntario o involuntario *suscribe, con esto sólo, su sentencia de muerte.* (Puñal o veneno).

»Ahora bien, para fabricar un Papa según nuestro deseo, ante todo hay que fabricar una generación digna del reino que nos auguramos. Hay que dejar de lado a los viejos y a los hombres maduros. Ir, en cambio, derechamente a la juventud y, si es posible, *a la infancia*. No habléis nunca con los jóvenes de cosas deshonestas o impías. *Máxima debetur puero reverentia*, (el niño se merece el máximo respeto). No olvidéis jamás estas palabras del poeta: ellas os servirán de salvaguardia contra la licencia, *de la que hay que abstenerse en interés de nuestra causa*. Para hacer florecer y fructificar nuestra causa en las familias, para obtener derecho de asilo y hospitalidad en el hogar doméstico, debéis presentaros con todas las *apariencias* de hombre formal y de buenas costumbres. Arrai-gada vuestra buena fama en los colegios, en los centros de enseñanza media, en las universidades y en los seminarios; ganada la confianza de profesores y alumnos, conquistad a vuestra conversación *especialmente a los que ingresan en la milicia eclesiástica*. Habladles del antiguo esplendor de la Roma papal. Existe en el corazón de todo italiano nostalgia de la Roma republicana. Combinad hábilmente estos dos recuerdos: excitad, calentad estas ideas tan inflamables con la del orgullo patriótico. Empezad ofreciéndoles, *siempre en secreto*, libros inocentes, poesías caldeadas de espíritu nacional: poco a poco llevaréis la mente de vuestros discípulos al grado pretendido de fermentación. Cuando este trabajo de cada día haya infiltrado como la luz nuestras ideas en todos los aspectos del Estado Eclesiástico, entonces os daréis cuenta de la sabiduría de este consejo, cuya iniciativa empezamos ahora.

»Los acontecimientos, que creemos se precipitan demasiado, exigirán dentro de unos meses la intervención armada de Austria. Hay locos que se divierten lanzando a los demás en medio del peligro; con todo, estos locos arrastran consigo en un momento dado hasta a los cuerdos. La revolución, que se prepara en Italia (*movimientos del 1820 y 1821*), no producirá más que desgracias y destierros. Nada está maduro: ni los hombres, ni las cosas; y nada lo estará por largo tiempo todavía. Pero con estas futuras desgracias podréis hacer vibrar fácilmente una nueva cuerda en el corazón del clero joven. Será la cuerda del odio contra el extranjero. Poned en ridículo y cread odiosidad al *alemán* ya antes de su prevista intervención. Unid a la idea de la supremacía papal el recuerdo de las guerras del Sacerdocio y del Imperio. Resucitad las pasiones adormecidas de Güelfos y Gibelinos, y así, poco a poco, os granjearéis, sin gran trabajo, reputación de buenos católicos y buenos patriotas. Esta reputación abrirá a nuestras doctrinas el corazón del clero joven y hasta el de los conventos. Dentro de unos años este clero joven ocupará, por la fuerza de las cosas, todos los cargos. El gobernará, administrará, juzgará, aconsejará al Soberano o será llamado para elegir al futuro Papa. Este Papa, también como la mayor parte de sus contemporáneos, estará más o menos embebido de los principios *italianos y humanitarios, que nosotros empezamos ahora a poner en circulación*.

Es un pequeño grano de mostaza, que sembramos, y que el sol de justicia (?) desarrollará con toda su pujanza: y un día veréis vosotros la rica cosecha que nacerá de esta pequeña semilla.

»En el camino, que trazamos a nuestros hermanos, hay grandes obstáculos que vencer y dificultades de toda suerte que superar. Se triunfará con la experiencia y con la astucia. La finalidad es tan halagadora, que es necesario desplegar al viento todas las velas para alcanzarla. ¿Queréis revolucionar a Italia? Buscad un Papa como el que os hemos presentado. ¿Queréis establecer *el reino de los elegidos* sobre el trono de la *prostituta de Babilonia*? Haced que *el clero camine bajo vuestras banderas, creyendo que camina bajo la bandera de las Santas Llaves*. ¿Queréis hacer desaparecer hasta el último vestigio de tiranos y opresores? Arrojad vuestras redes como Simón Barjona: no las echéis al fondo del mar, sino al *fondo* de las *sacristías*, de los *seminarios* u de los *conventos*: y, si no os precipitáis, os prometemos una pesca más milagrosa que la de San Pedro. El pescador de peces se convirtió en pescador de hombres; vosotros pescaréis amigos a los mismos pies de la Cátedra Apostólica. Vuestra pesca será una revolución con tiara y manto, llevando al frente la cruz y el estandarte; una revolución que no necesitará sino un leve impulso para encender la llama por los cuatro costados del mundo.

»Por consiguiente, que todos los actos de nuestra vida tiendan a describir esta piedra filosofal. Los alquimistas de la edad media perdieron tiempo y dinero en la búsqueda de este sueño. El sueño de las sociedades secretas de tener por cómplice un Papa, será una realidad por la sencilla razón de apoyarse sobre las pasiones del hombre. No nos desanimemos, pues, por una equivocación, por un revés o por una derrota: preparemos nuestras armas en el silencio de nuestras *Logias*, dirijamos al blanco todas nuestras baterías, excitemos todas las pasiones, lo mismo las *más despreciables* que las más generosa: y todo nos hace creer que este plan resultará un día mucho más eficaz de lo que podamos imaginar».

Frustrados los movimientos de 1821, los cabecillas enviaron nuevos consejos a sus adeptos: «La derrota puede facilitarnos los medios de combate... La intervención de los extranjeros en la política interna es una arma poderosa que hay que manejar con destreza... En Italia hay que hacer odioso al extranjero, de modo que hasta los más sinceros patriotas consideren una ofensa la ayuda extranjera cuando Roma sea asediada por la revolución... Mientras tanto, atentos a Roma... Desacreditad de todas las formas a los curas... Conmoved, excitad al populacho, con razón o sin ella, soliviantad siempre... Haced mártires y víctimas... Ya encontraremos nosotros quien sepa pintar las cosas como mejor nos conviene»⁵.

⁵ Cretineau Joly. *L'Église Rom en face de la révol.* Vol. II, pág. 119 y sig.

Entre tanto, para que se cumplieran estas directrices se había establecido en Roma uno de los principales sectarios, miembro de la alta masonería y jefe oculto de la misma en Italia. Ocupaba un puesto diplomático en una delegación italiana. Noble, rico, elocuente, erudito, pero sobre todo astuto, audaz, impostor, corrompido y cínico, recibía sumas inmensas de los judíos de Prusia, de Inglaterra, de Silesia, de Portugal, de Hungría y de otros puntos, con la esperanza de poder destruir en breve el Cristianismo y hacer resurgir la antigua Jerusalén. Este individuo manifestaba así por carta a uno de sus cómplices sus proyectos y deseos satánicos contra la Santa Iglesia.

«Querido V...

».....

»Si un día triunfamos y, para eternizar nuestro triunfo, fuere necesario el derramamiento de sangre, no hay que conceder a las víctimas señaladas el derecho a morir con dignidad y firmeza. Esas muertes no sirven más que para mantener el espíritu de oposición y proporcionar al pueblo mártires, cuya sangre, ya fría, se complace en contemplar con admiración. ¡Es un mal ejemplo!... El hombre que necesita ser llevado en brazos al patíbulo, deja de ser hombre peligroso. Pero, si sube a pie firme y mira a la muerte con rostro impassible, aunque sea culpable, gozará siempre del aplauso de las multitudes.

»Yo no he nacido cruel; y espero no tener nunca un instinto sanguinario. Pero el que quiere *un fin*, quiere los medios. Por eso digo que, en un determinado caso, no debemos, no podemos, aun en favor de la humanidad, dejarnos cargar de mártires a nuestro pesar. ¿Crees tú, acaso, que ante la actitud de los primeros cristianos, no hubieran hecho mejor los Césares atenuando, en provecho del Paganismo, aquellos heroicos deseos halagadores del cielo, en vez de dejar que creciera la simpatía del pueblo por una hermosa muerte? ¿No hubiera sido mejor *procurar remedios contra la fuerza del alma debilitando el cuerpo? Una droga bien preparada y mejor administrada, que hubiera debilitado al paciente hasta la postración, hubiera sido, a mi parecer, de un efecto magnífico*. Si los Césares hubieran empleado en este asunto las Langostas de su época, estoy persuadido de que *nuestro viejo Júpiter Olímpico* y todos sus dioscecillos de segundo grado no hubieran sucumbido tan míseramente y el Cristianismo no hubiera ciertamente obtenido tan felices resultados.

»Sus apóstoles, sus sacerdotes, sus vírgenes, eran destinados a morir despedazados por los leones en el anfiteatro o en la plaza en presencia de un pueblo que los contemplaba con atención. Y esos apóstoles, esos sacerdotes, esas vírgenes, arrastrados por su sentimiento de fe, de imitación, de proselitismo y de entusiasmo, morían sin temblar cantando himnos de victoria. Había quien se contagiaba por el ansia de morir; en efecto, se vieron caprichos de tal suerte. ¿Acaso los gladiadores no producían gladiadores? *Si*

estos pobres Césares hubieran tenido el honor de formar parte de la Alta Logia, yo les habría dicho sencillamente que a los más decididos de estos neófitos les hubieran hecho tomar una bebida según receta; y no se hubiera hablado de nuevas conversiones, porque no se habrían contemplado nuevos mártires. En efecto, no se suscitan más emuladores por imitación, ni por entusiasmo, cuando se arrastra al patíbulo un cuerpo sin fuerza, una voluntad inerte y ojos que lloran pero no conmueven. Los Cristianos adquirieron popularidad rápidamente porque el pueblo ama todo lo que le impresiona. Si hubiera contemplado debilidades, miedos y una masa poseída de temblor y escalofríos, les hubiera silbado burlonamente; y el cristianismo hubiera terminado con el tercer acto de la tragicomedia.

»Si yo entiendo que se debe proponer este medio (*el veneno*), es por principio de humanidad política... *Procurad que la muerte en el patíbulo no sea nunca gloriosa, santa, valerosa, alegre y raras veces os veréis en la necesidad de quitar la vida.*

»La revolución francesa, que tantas cosas buenas tuvo, se equivocó en este punto. Luis XVI, María Antonieta y la mayor parte de las víctimas de aquella época son admirables por su resignación, su grandeza de ánimo..., no necesitamos esto. En ocasión semejante hagamos *que un Papa y dos o tres Cardenales mueran como viejecitas*, con todos los sobresaltos de la agonía y el temor de la muerte; y habréis acabado con todas las ganas de imitar ese sacrificio. Habréis liberado los cuerpos, pero habréis matado el espíritu.

»Hemos de atacar al espíritu: hemos de herir el corazón... *Sí se guarda fielmente el secreto*, ya verás, llegada la ocasión, lo útil que resulta este nuevo género de *medicina*. Un cuerpo bien pequeño bastó para acabar con la vida de Cromwel. ¿Qué se necesita para debilitar al hombre más robusto y presentarlo a los ojos de todos sin energía, sin voluntad y sin valor, en manos de sus verdugos? Si no tiene energía para empuñar la palma del martirio, tampoco alcanzará su aureola: y por consiguiente, no habrá admiradores ni prosélitos. Así acabaremos de un golpe con los unos y con los otros: y será un gran pensamiento de revolución humanitario lo que habrá inspirado semejante precaución. Te la recomiendo en "*Memento*⁶" (para que te acuerdes)».

¡Malvados, hipócritas, blasfemos e insensatos! ¿Puede una asociación, fundada sobre pasiones humanas, derrocar a la Iglesia, sostenida por la omnipotencia divina? Está escrito: *Non est consilium contra Dominum* (Sabiduría, prudencia y consejo, nada son ante Yavéh)⁷. El mismo Jesucristo, después de haber prometido solemnemente que *por-*

⁶ Civiltà cattolica 1875, serie IX, vol. VII, pág. 329. — Cretineau Joly. *L'Église Romaine en face de la révolution*. vol. II. pág. 85.

⁷ Prov. XXI, 30.

tae inferi non praevalent (las puertas del infierno no prevalecerán), indicó hasta dónde llegaría la malicia humana, pero aseguró a sus apóstoles que, tratándose de la gloria de Dios, *si mortiferum quid biberin, non eis nocebit* (y aunque beban veneno, no les hará daño)⁸. Dios permite que su Iglesia sea combatida: *Si me persecuti sunt, et vos persequentur* (si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros)⁹ pero siempre será suya la victoria.

Los sectarios de aquellos años siguieron fielmente las normas dadas por sus jefes en la *Instrucción* del 1819, con daño para no pocas almas. Quisieron esconder sus trampas y dijeron : ¿Quién las descubrirá?¹⁰. Pero la divina Providencia, que vela por sus escogidos, las puso a la luz del sol: el mismo don Bosco, desde el comienzo de su vida sacerdotal, conoció sus malvados planes, siguió las distintas fases de su actuación. Y, como si ya estuviese ante sus ojos el cuadro completo de los acontecimientos que sucederían, disponía su ánimo, estudiaba los pasos a seguir, prevenía los obstáculos que había de encontrar, y así es como podía continuar con seguridad su importantísima misión. Cien veces nos lo repitió: «Nada de lo que iba sucediendo me venía de nuevo. Todo lo conocía, todo lo tenía previsto sin temor a equivocarme». En el curso de esta historia quedará patente cómo, en efecto, decía la verdad.

⁸ S. Marcos, XVI, 18.

⁹ S. Juan, XV, 20.

¹⁰ Salmo LXIII, 6.